

debe estar constantemente informándose de las publicaciones que se hagan en su especialidad, y tener algún contacto con centros de investigación lingüística.

19) Por lo dicho se puede comprender que enseñar bien castellano como lengua nativa es tal vez más difícil que enseñar lenguas extranjeras o cualquiera otra materia. Es risible — para decir lo menos — que personas impreparadas y un poco sin trabajo se acerquen al amigo funcionario de la educación y le digan familiarmente: "Hombre, ayúdame a conseguir unas clasecitas, aunque sean de castellano".

20) Hay que luchar para que el Ministerio y las Secretarías Departamentales de Educación faciliten la adquisición económica de textos y de buenos libros a los profesores, alumnos y bibliotecas de todos los planteles educativos. Hay que luchar también para que esas entidades den auxilio económico de importancia a los autores nacionales de buenos textos.

LUIS FLÓREZ.

#### DE LA VIDA Y EL HABLA POPULAR EN LA COSTA ATLANTICA DE COLOMBIA

No voy a hacer un estudio completo y técnico de la vida y el habla popular en esta región colombiana sino a contar, sencillamente, de manera informal, algo de lo que oí, vi y averigüé el mes de julio de 1958 en La Boquilla y Cartagena, Departamento de Bolívar, mientras estudiamos el conjunto de datos que hemos recogido allá.

En estas localidades, como probablemente en toda la costa caribe del país, la gente habla en voz alta, bastante alta en comparación con la de los bogotanos, y muy rápida, además. En parte por esta circunstancia de la rapidez, muchos hablantes incultos 'se comen' frecuentemente algunas consonantes, y modifican otras de manera muy notoria. El habla, aun entre personas educadas, es de ordinario muy nasal. El bajo pueblo, sobre todo, parece que habla por las narices, y articula con mucha relajación y oscuridad. El acento se desplaza constantemente en muchas expresiones. La entonación presenta giros especiales.

Todos estos caracteres del habla en Cartagena y sus alrededores, no son, sin embargo, típicos o exclusivos de allá: unos u otros ocurren también en la costa colombiana del Pacífico, y en las costas de Méjico, de la América Central, de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Venezuela, Ecuador, Perú, Chile, Argentina, Uruguay, Andalucía. Son fenómenos, pues, muy extendidos geográfica y socialmente. No pertenecen, claro está, al 'castellano' de Castilla. Varios de ellos tampoco son correctos, desde un punto de vista social y cultural.

Consideremos ahora, en forma también muy pasajera, algunos aspectos de la gramática, el léxico y la semántica:

*Seño* es tratamiento común que el pueblo — un pueblo constituido en gran parte por negros — da a las mujeres mayores, solteras o casadas, cuyo nombre desconoce todavía: “adiós, seño”, “seño ¿qué desea?”.

En Cartagena y muchos lugares de la costa atlántica, la gente da pronto al colombiano del interior un tratamiento escueto: el nombre solo, sin fórmulas de respeto. Hasta las criadas llegan pronto a llamar por su nombre a las señoras. Este tratamiento democrático no les gusta de buenas a primeras a muchos colombianos, y sobre todo a las mujeres, que son más susceptibles. A la pronta y sencilla confianza en el trato corresponde el uso del pronombre *tú*, habitual en todas las clases sociales: hasta los chicos dicen *tú* al forastero, a vuelta de poco tiempo.

A veces, cuando un nativo de la región llega a una casa, a una oficina, o se acerca a otras personas, saluda diciendo “saludo”. En Bogotá es “buenos días”, “buenas tardes” o “buenas noches”, según la hora. No obstante la aparente brusquedad y sequedad del tratamiento social, a veces hasta la gente más humilde resulta con expresiones muy delicadas: “a la orden, doña”, “permisito, cabayero”, “siga, doctor”, “un miyón de gracias”.

Prácticas corteses que el visitante de Bogotá aprecia inmediatamente en Cartagena, son estas: casi siempre el chofer de un automóvil de servicio público abre la portezuela para que entre el pasajero. Y cuando un peatón va a pasar la calle, o una esquina, el chofer no le echa el ‘carro’ encima para atropellarlo, como sucede en Bogotá. Con la misma consideración proceden los choferes con los turistas, en varias ciudades de Europa. En algunas ciudades de Hispanoamérica la relación entre peatón y chofer es la de “sálvese quien pueda”.

Entre la gente inculta de la costa abundan y salen fácilmente las expresiones indecentes. Así, *mierda*, *marica* y *maricada* son modos de decir que se oyen a cada paso, aun entre niños. Es claro que de tanto usarse, dichas formas llegan a no significar nada injurioso ni desagradable. Las mujeres, casi mecánicamente, emplean a menudo el eufemismo *miércoles*.

El verbo españolísimo *parir*, que entre muchos colombianos del interior no se dice porque parece muy crudo, entre hombres y mujeres de la costa atlántica del país es de uso frecuente y no tiene nada de impúdico. A negras jóvenes y viejas oímos decir, por ejemplo: “cuando parí quedé enferma”, “hay mujeres que han parío hasta 24 hijos”, “es una tigra parida” (mujer bravísima, sobre todo por celos). El uso de este verbo se ha ampliado, además, pues ya no se aplica solamente a las mujeres y a los animales hembras, como es lo ordinario en español, sino que se dice también de los vegetales: un árbol o planta silvestre “pare”, es decir, da o produce fruto. El coco, por ejemplo, “pare a los cuatro años” en La Boquilla. Allá mismo hay un árbol

que llaman *uvita*: de un ejemplar concreto que yo le señalaba a un vecino, éste me dijo: "ha parido pero bastante".

Observamos que los sufijos de la lengua común (-*azo*, -*ada*, -*ero*, -*ito*, -*ón*, etc.) tienen vitalidad creadora en el habla popular de la costa atlántica: una *pescozada*: un puñetazo; un *rulazo*: un golpe dado con la herramienta de trabajo rural que llaman *rula* (especie de machete grande); los habitantes de Cartagena son *cartageneros*; los de La Biquilla: *boquiyeros*; los de María la Baja: *marialabajeros*; los de Soplavientos: *soplavienteros*; los de El Playón: *playoneros*, y así sucesivamente.

Después de nuestros trabajos sobre el castellano hablado en el Departamento de Antioquia, creíamos que no encontraríamos otra región de Colombia donde se usaran tanto los diminutivos. Con sorpresa nuestra encontramos, sin embargo, que en la costa atlántica también se emplean mucho: *lamparita*, *totumita*, *platico*, *ventorriyito*, *tempranítico*, etc. En alguna ocasión el diminutivo sirve para diferenciar una cosa de otra que se denomina con una voz no diminutiva. Así, *platanito* no es plátano pequeño, sino una clase especial de plátano: el banano, y solamente el banano.

El sufijo -*ón* tiene sentido aumentativo: un *machetón* es un machete grande; un hombre *jartón* es un hombre que 'jarta' o come mucho (comilón).

El adjetivo *guapo*, *guapa* se emplea popularmente con el valor de 'bravo, enojado, disgustado': "se pone guapo", "estaba guapa".

El verbo *aguantar* tiene entre otros sentidos usuales el de 'esperar, parar': "que me aguante para el 20", manda decir un hombre a otro, significando que lo espere. Los pasajeros de buses urbanos dicen al chofer "aguanta". cuando es el momento y lugar para salir. También dicen "próxima", o "parada". En Bogotá simplemente se toca el timbre. Claro que en Cartagena y poblaciones de la costa la vida todavía transcurre como en familia.

*Serenar* es lloviznar (por la noche). La lluvia (nocturna) es *sereno*.

El viento fuerte recibe el delicado nombre de *brisa*.

La preposición *de* se utiliza con alguna frecuencia en el sentido de 'tan': "¡qué de bueno!", "¡qué hombre de malo!", "¡qué fruta de grande!", etc.

Son usos muy castizos, muy españoles, y vivos en el habla popular espontánea de muchos costeños colombianos, los de *cerilla* por 'fósforo' *mulo* por 'macho de la mula'; *caballeriza* por 'pesebrera'; *arroyo* por 'quebrada' (o simplemente *cauce*); *cántaro*, que en otros lugares de Colombia dicen *caneca* o *cantina*, y sirve para llevar la leche de los campos al pueblo; *baraja*, que en muchos sitios es ordinariamente *naipe*; *cena*, la comida de la noche; *pollino*, *pollina*: burro o burra joven; *preñez*, *preñar*, voces que para muchos colombianos del interior resultan vulgares o indecentes.

Están todavía muy arraigadas en el uso, formas que en el caste-

llano general y culto no se emplean ya, formas anticuadas en el habla de las personas instruidas de todas partes. Así, *lamber*, *vide*, *vido*, *semos*, *haiga*, *jierro*, etc. Arcaísmo es también lo de *calle real*, que así se llama todavía, como cuando había rey en España y Colombia era parte de su imperio colonial, la calle principal del pueblo.

Los adjetivos *moro* y *moruno* merecen algún comentario. Pertenece estas dos voces al habla viva de muchos costeños: *moro* es el niño no bautizado (como en la costa del Pacífico, también, y como aun en España todavía). El niño *moro* está expuesto, según algunas mujeres negras e incultas de la costa colombiana, a que las brujas lo chupen y lo maten en esta forma. Como prevención la madre usa entonces poner unas tijeras debajo de la almohada. Es creencia que existe también en lugares del interior de Colombia. Posiblemente ha venido de España.

A propósito de niños (*pelaos* o *peláitos* dicen muchas veces), observamos en La Boquilla la creencia de que, para cortar la diarrea que les da cuando les empiezan a salir los dientes, les amarran alrededor de la cintura un hilo, un cordoncito con dientes de animales. Así vimos a una chiquilla. La madre contó que cuando el hilo está muy sucio, se cambia; y al terminar la dentición y la diarrea, se quita definitivamente. Hay también en La Boquilla muchos niños con el ombligo muy grande, desmesuradamente grande. Preguntamos a una mujer por qué sería eso, y respondió: "dicen ques viento". Para tratar de disminuir el tamaño les ponen a veces un botón encima, y luego un pedazo de esparadrapo. Vimos este ombligo grandote en muchos varones. Parece que también se da en las niñas, sólo que ellas andan un poquito más cubiertas que los hombres, y entonces no se les ve. Este defecto se debe quizás — no podemos afirmar nada con seguridad — a que las comadronas del lugar no son muy hábiles en su oficio.

Pero volvamos a la palabra *moruno*, que se nos había quedado sin tratar: se deriva normalmente de *moro*. En el diccionario académico, *moruno* está registrado con varios sentidos: 'moro', nativo del norte de Africa; 'moreno', referido al color de ciertos vegetales (arrayán, tabaco, trigo, berenjena, etc.); caballo de "cabeza moruna", o sea, 'negra'; caballo "moro": negro u oscuro. Y nada más. Pero en el uso espontáneo y popular de muchas personas de la costa atlántica colombiana, *moruno* tiene otros sentidos: un "toro moruno", por ejemplo, es el que no tiene cuernos; un "caballo moruno" es el que está castrado. *Morunos* son, además, los calzones, pantalones o pantaletas de las mujeres. Observemos esto: que la palabra se emplea allá en la costa para significar la privación, falta o ausencia de algo; en unos casos, de cuernos; en otros, de testículos; y en otros, de mangas, respectivamente. Es un uso curioso, que ocurre por lo menos en varios lugares de la costa atlántica colombiana.

Ya que hemos nombrado una prenda del vestido, digamos que los campesinos, que muchos campesinos costeños pasan a veces gran parte del día con sólo pantalones; los niños, desnudos, y las niñas, a medias.

El clima ardiente permite usar poca ropa. A menudo el vestido corriente de un hombre del pueblo consiste en pantalones, pantaloncillos y camisa; en los pies, abarcas, y en la cabeza, un sombrero de palma.

Digamos ahora algo sobre la casa. Algunas de las viviendas en La Boquilla son bastante pobres. Tienen paredes de cañas, y techo de hojas de palma. El piso es la arena de la playa. Las dependencias de este tipo de casa son: un pequeño *cuarto* para dormir, con una cama de tijera; una pequeña sala con algunos bancos y asientos rústicos, y una cocinilla en que el fogón es a veces tres piedras en el suelo. Como éste se empapa de agua cuando llueve mucho o el mar se entra por el pueblo, utilizan entonces un *anafe* u hornillo portátil. El cuarto y la sala están en ocasiones separados por un tabique de cañas y papeles. Otras veces la división es más sólida, y a veces no hay ninguna. Hay, desde luego, algunas casas mejores: más amplias, sólidas, bien presentadas, etc. Y en Cartagena hay barrios de casas muy modernas, lujosas, bonitas y adecuadas al ambiente tropical.

La base de la alimentación popular es el arroz, cocido con sal. Frecuentemente se acompaña de yuca o de plátano, cultivos propios de esos climas calientes. Si hay modo, ese arroz va también con una *posta* de pescado, o *liga* de carne. A veces preparan arroz con coco. En La Boquilla una mujer nos dijo que lo hace así: se ralla el coco; se pone el rallador bocarriba, haciendo de colador, y se cuele, echando agua. La *leche* resultante se recoge en un *caldero*. Esta leche, dijo la mujer, "la pongo a irvir; erve bastante y cría una manteca. Luego se le echa la sal y el arró". Varias veces comí por allá arroz preparado así, y confieso que me pareció bueno.

El pescado y la carne se comen generalmente con *casabe*, especie de torta o arepa delgada que hacen de yuca rallada y tostada en tiestos, sin sal ni condimento alguno. En el mercado de Cartagena venden mucho casabe. (No dejemos de decir a propósito de comidas, que las de los hoteles en Cartagena resultan pobres, monótonas y mal preparadas, para el gusto de muchos visitantes).

Una especie de almuerzo popular y típico es el *sancocho de pescado*. Lleva plátano, yuca y ñame, todo en pedazos grandes; además, caldo y pescado.

Hay campesinos y gente pobre de diversos lugares que en el día no comen más que arroz o yuca cocida. A veces hacen una sola comida en todo el día. De consumo frecuente son los bollos de maíz, que chicos y chicas ofrecen por las calles en *chazas* que llevan sobre la cabeza. Bollos y café es muchas veces el desayuno.

Los habitantes de La Boquilla viven generalmente de la pesca. Con sus *betes* y redes de distintas clases (*boliche*, *trasmayo*, *tarraya*, etc.) pescan *lebranche*, *sábalo*, *mojarra*, *mero*, *picuda*, *rubia*, *jurel*, *pargo* (*chino* y *prieto*), *cherna*, *robalo* (en Bogotá decimos *róbalo*), *cojinúa*, *chango*, *jaiba*, *sargo*, *langosta*, *tiburón*, *anchoa*, *congo*, *medregal*, *camarones*, etc. Parte de este pescado lo usan en su propia alimentación, pero casi

todo lo venden a los mercaderes de Cartagena, que llegan allá para comprarlo. Digamos que en esta ciudad se aprovisionan los boquilleros de agua dulce (transportada en camiones), de víveres y de todo cuanto necesitan en la vida ordinaria. Para no hablar más de La Boquilla por ahora, observemos que allá abundan los niños y los 'puercos' y que la mayor parte de los habitantes son negros, iletrados y amigos del amor libre.

Hay algunos anglicismos que se han naturalizado con forma castellanizada entre gentes de mar. Así *wire*: *la guaya*; *watchman*: *guchimán*.

Regresemos a Cartagena. Hay que tomar un automóvil expreso, que en poco menos de media hora nos lleva al recinto amurallado de la ciudad. Salimos ya del carro, y seguimos a pie, sin rumbo fijo. Vayamos por algunas calles angostas (no tan angostas como las de Toledo). Miremos los balcones, realmente interesantes. Observemos el comercio: es más bien poco. Las gentes van con sus trajes claros, de telas delgadas. Hay bastantes negros, y de vez en cuando, blancas atractivas. Por allá pasan unas *carretas*, tiradas por mulos o por burros. Los corredores del palacio de la gobernación están llenos de gentes que van y vienen, más uno que otro pequeño comerciante que expende gaseosas, chicles, objetos de carey, etc.

¿Cómo se llaman algunas de estas personas? Los hombres, *Eduardo, Ignacio, Felipe, Jesús, Vicente, Daniel, Carlos, Aurelio*. Las mujeres, *Teresa, Piedad, Esperanza, Beatriz, Silvia, Ruperta, Eduarda, Benita, Consorcia, Generosa*. ¿Y qué apellidos tienen? *Bossa, Badel, Barrios, Burgos, Buelvas, Berrocal, Vargas, Visbal, Vélez, Román, Gómez, Martínez, León, Emiliani, Payares, Pernet, Pretelt, Mogollón, Lemaitre, Lequerica, Calvo, García, de la Vega, de la Espriella, del Castillo*, etc. Entre el pueblo y en las zonas rurales abunda el apellido *Pájaro*.

Si necesitamos comprar alguna cosa vayamos a una papelería, o cacharrería, o rancho, o dulcería, o refresquería, o botica, o tienda o almacén, según el caso. Notemos cómo se llaman algunos comercios, dentro y fuera del recinto amurallado: *Dios me ayuda, Mi capricho, Mi corral, Mi cielito, Mi amiga, Mi tienda, Mi almacén, El cariño, La colombiana, La Madonna, Bazar Calcuta, Tahití, Los 4 vientos, La sirena, Sevillana, La gran vía, El pueblo*, etc.

Hemos tomado una "cola Román" para refrescarnos. Pasamos por la catedral, la Inquisición y la iglesia de San Pedro Claver. El sol arde. No andemos más, y vámonos para una playa a tomar un baño de mar. A la noche subiremos al fuerte de San Felipe para ver bailar una cumbia. Ya han estado allá, ensayando, las mujeres, descalzas, y los hombres con sus gaitas, tambores y maracas. Mañana seguiremos trabajando con los materiales que tenemos sobre el habla popular en el departamento de Bolívar.

LUIS FLÓREZ.

Instituto Caro y Cuervo.

Bogotá, noviembre, 1958.